

## LOS MITOS

— Luciano Rincón —

**E**l otro día cantó en Bilbao, en el teatro Arriaga, Mikel Laboa, y reunió en torno suyo a admiradores de siempre, a veteranos de los tiempos en que una canción tenía que ser algo más que una canción y a gentes sin más razón de estar allí que la política y que no han advertido aún que ya enarbolar una canción en euskera es un acto normal sólo juzgable por su calidad. Vivimos en la normalidad pese a todos los intentos de seguir haciendo «clandestinismo» —y espero que no me riña Olmo pues este invento es casi necesario ya que no tiene nada que ver con clandestinidad— y no tiene sentido convertir en acto excepcional lo que puede ser habitual.

Había más de un nostálgico y un cierto número de añorantes en torno al cantante. Los tiempos han pasado para todos nosotros y Mikel Laboa tiene que descansar de su propia interpretación en el espectáculo, pues se le ve fatigado y tiene que dar paso de vez en cuando a la música como intérprete. Ni esto es un reproche ni yo soy un crítico musical, sino que se trata de una constatación de que el tiempo pasa, los tiempos cambian, se sustituyen los mitos, las banderas son objeto de uso diario por parte de quien desee utilizarlas y el mundo ha girado implacablemente dejándonos con los recuerdos a la intemperie. Algún líder político radical, escasamente visto en actividades culturales, estaba allí como si fuesen a reaparecer en carne mortal los tiempos en que el grupo *Ez dok hamairu* enarbolaba la canción como una respuesta a otras preguntas.

Ahora que se conmemoran, y creo que esa es la palabra adecuada, los veinte años del mayo parisino, y teniendo en

cuenta mi enorme autoridad para hablar de ello pues creo que soy la única persona de este país que no estuvo en París en esa fecha, cosa curiosa además porque yo trabajaba allí entonces y estuve fuera precisamente cuando más entretenido estaba aquello, la reaparición de Mikel Laboa resultaba también, más allá de su canción, como el símbolo que es aunque no lo pretenda. Símbolo que recuerda nuestras peleas, la atención con que se escuchaba a los componentes del grupo que tradujo al euskera las preocupaciones e intenciones de la nueva canción catalana, y que hablaba de más o menos etéreas propuestas de libertad. Eran tiempos en que si un cantante decía «quiero ser libre como un pájaro», inmediatamente podía ser interrumpido por una masa de espectadores enfervorizados que habíamos captado perfectamente el mensaje y reclamábamos a gritos «amnistía, libertad». Y lo mismo daba si citaba a «una ventana abierta por la que entra aire fresco», la respuesta era la misma. Y eso tanto en Bilbao como en Madrid o Barcelona, pero en Bilbao y Barcelona con el interés añadido de que por fin, más allá de prohibiciones y molestias, se escuchaban las palabras de Raimon en catalán y las de los componentes del *Ez dok hamairu* en euskera.

Ahora la vibración o es estética o no se produce. El poeta y su público más fiel envejecen. Como decía una letra de Xabier Lete, aunque no creo que con esta intención: «Ay, poeta! gogorra izango da zuretzak askatasun eguna!» («¡Ay poeta! ¡qué duro será para ti el día de la libertad!») La poesía ya no tiene por qué ser un arma ni estar necesariamente cargada de futuro.

EL CORREO 19/4/88